

—Tengo miedo, ó por mejor decir, la persona en cuyo nombre vengo teme la resolución de usted porque no le ha dado muchas esperanzas.

Lydia permaneció silenciosa, con los ojos fijos en la señora de Fontenay, esperando que se explicara más completamente, pero sin facilitarla medio de que realizase su misión.

—Se trata—continuó ésta—de Pablo de Cravant, que ha venido á rogarme sea su intermedio cerca de usted, pensando que quizás me escucharía con más atención que á él. Soy la encargada de defender la causa de su dicha.

—¿La causa de su dicha?—repitió la señorita Audrimont... ¿Está seguro? Pues diré á usted lo mismo que le respondí: se trata sólo de un capricho que pasará, reemplazado por otro de la misma índole. ¡Cuánto más vale que tome su partido desde ahora y se entregue al nuevo capricho! No le costará gran trabajo olvidar á una mujer de tan poco mérito como yo, y al menos tendrá la satisfacción de no haber turbado mi reposo.

—¿Tanto la disgusta que se niega usted hasta á reflexionar sobre su petición?

—No por cierto. Es un hombre muy agradable y un amigo muy simpático. Si quisiera limitar su ambición á relaciones de sencilla amistad, me prestaría á ello con el mayor placer.

—¿Entonces es el matrimonio lo que no agrada á usted?

—Tal vez sea ese, en efecto, el verdadero motivo de mi alejamiento. No deseo encadenar mi libertad; soy muy dichosa en mi estado y sentiría cambiar esta suerte satisfactoria por otra que no lo fuera tanto. Resulta mal negocio dejar lo conocido para correr tras un porvenir ignorado, y es lo más juicioso mantenerse en un término medio. Como ese término medio me lo proporciona el continuar soltera, sería una locura abandonarlo.

—Esas razones son justas, pero algún día dejarán de serlo, y entonces será muy tarde para cambiar la existencia. Es usted joven y, sin embargo, ha tenido usted la desgracia de perder á todos los seres queridos, de conocer las tristezas del aislamiento. ¿No teme usted volver á padecer esas torturas? Nada reemplaza los indestructibles lazos de una familia propia. Hablo por experiencia, pues el no tener hijos es para mí un verdadero dolor. La vejez llega pronto y nada me liga á la vida, fuera de la ternura de mi marido.

Al oír aquellas palabras, dichas con profunda emoción, Lydia se estremeció, miró atentamente á la condesa, y en sus ojos inquietos, en sus pálidos labios, adivinó la angustia que la dominaba y la importancia decisiva del móvil que la guiara al *chalet*. Sin duda, aquella era una prueba para asegurarse del estado de ánimo de la que temía fuese su rival, una súplica dirigida á

su generosidad para que diese á conocer la libertad de su corazón. La prueba deseada era su consentimiento á la petición del barón de Cravant. Aquella exigencia la irritó. ¿Pues qué, era preciso para calmar sus celos infundados sacrificar su libertad, comprometer su existencia entera, casarse con un hombre á quien no amaba? Sólo se calmó al oír los gritos de su conciencia que le decían: ¿Te disgusta el proyecto porque no amas á quien te proponen, ó más bien porque no puedes apartar de tu imaginación al que comete un crimen amándote?

La idea de que la condesa hubiera hecho tal suposición al mismo tiempo que ella la estremejó, y pareciéndole preferible todo á semejante humillación, se sintió pronta á dar cuantas pruebas la exigieran los celos desconfiados de la señora de Fontenay. Quiso convencerse ante todo de que no eran vanas sus conjeturas, y afectando gran calma, dijo:

—Mucho me habla usted de mí, pero creo que no es únicamente por mí por quien debe usted interesarse en este proyecto. Piense también un poco en el señor de Cravant. ¿Cree usted que soy la mujer que necesita? ¿Está usted segura de que podré hacerle dichoso?

—Está perdidamente enamorado de usted...

—Sí, pero yo no debo concederle mi mano obedeciendo á una presión... Si se lo advirtiese, su altivez podría ofenderse.

—¿Por presión?—repitió la señora de Fontenay.—¿No se casaría usted con él mas que obedeciendo á una presión? ¿Ama usted acaso á otro?...

—¿Y si fuera así?—exclamó Lydia con brío.

La fisonomía de la señora de Fontenay expresó tal dolor, que la huérfana añadió para atenuar la crudeza de su respuesta:

—¿No podría ocurrir así? ¿Me niega usted ese derecho?

—Habría sido en mi casa donde haya usted encontrado ese amor—dijo la condesa sin responder—pues usted misma me ha asegurado que durante su permanencia en Neully no vió usted á nadie. Si la elección que ha hecho usted es laudable, no dude en declarármela; así obrará usted con delicadeza con un hombre que ama á usted verdaderamente.

La vida de Mina parecía depender de la respuesta de la señorita de Audrimont; la esperaba palpitante, con las manos trémulas, los ojos velados por un torrente de lágrimas próximas á correr; y como Lydia, ante aquella tortura de que era causa, permaneciese silenciosa y temblando también de emoción, balbuceó la condesa:

—Por piedad, tenga usted el valor de decírmelo todo. Entre usted y yo existe un secreto que deseo conocer. He tratado á usted como á una hija; desde el primer instante en que nos conocimos la he consagrado una afección verdadera; pá-

BIBLIOTECA DE NIÑO LEON
UNIVERSIDAD DE NIÑO LEON
FALTA DE UNIFORME
1911-1912

guemela usted todo esto con su franqueza. Entre las dos no hay necesidad de muchas palabras para que nos entendamos. Sufro mucho, soy desgraciada ¡y puede usted hacer tanto por mí!... No pido más que una sola palabra... pero decisiva, sin réplica.

En un instante se reprodujeron ante Lydia los días transcurridos, y su imaginación percibió claramente el concepto de que, al aceptar la hospitalidad de la señora de Fontenay, había contraído deberes sagrados con ella.

Comprendió que no había tomado libremente aquella resolución, y que desde que se halló en presencia de Mina se había visto comprometida á una serie de concesiones que la sumían en un estado de completa dependencia. Para asegurar la tranquilidad de los demás se veía siempre obligada á comprometer la suya. Y en la ocasión presente, al formar uno de los engranajes de aquella familia nueva, en cuyo seno había entrado, aunque sólo en parte, la amenazaban dificultades más graves todavía que todas las que había sufrido hasta entonces. La exigían que decidiese su suerte en un minuto, sin darle tiempo á reflexionar. ¡Cómo era posible!

Quiso ganar tiempo, no confiar nada á la casualidad, resistir á la tentación de terminarlo todo bruscamente por una ruptura sin arreglo posible. Su conciencia no le acusaba de haber obrado mal; ¿por qué venir á turbarla entonces

en su retiro? ¿Qué pretendían todas aquellas gentes que parecían unirse para hacerla sufrir? Armando, Pablo y Mina querían atormentarla, disponer de su vida y aniquilar su independencia, á la cual prefería sacrificarlo todo.

Una palabra sola hubiera bastado para romper las cadenas que la oprimían, cadenas forjadas por las conveniencias sociales, por los prejuicios del mundo, por las mezquindades y pequeñeces que repugnaban á la libre y agreste Lydia. Pero aquella palabra iba á hacer inútiles los esfuerzos á que se había prestado, sólo por asegurar la felicidad de Mina, y cualquier determinación destruiría toda aquella obra caritativa que había juzgado necesaria. El recuerdo de la tierna y delicada bondad de la señora de Fontenay conmovió su corazón, dándole fuerza para contenerse de nuevo y para hacer una vez más, en favor de aquella mujer, el sacrificio de su franqueza y de su orgullo. La engañó para evitarla una pena inmediata.

—¿Quiere usted obligarme á comprometer mi porvenir?—dijo dulcemente.—Me impone usted el deber de decidirme. Está bien, quede usted tranquila, no rechazo del todo la petición del señor de Cravant. Que sepa agradarme. Puesto que es absolutamente preciso, según usted, que encadene mi libertad, tanto vale ese dueño como cualquier otro.

—¿Me autoriza usted para decírselo así?—pre.

guntó la señora de Fontenay, creyendo apenas en la feliz conclusión de aquella entrevista.

—La autorizo á usted, pero no se lo diga hasta mañana. Quiero tener por mía esta noche para prepararme á sufrir el choque de su galantería.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y Mina sintió ensancharse su corazón al ver apaciguados sus temores. ¡Tenía tanta necesidad de creer lo que Lydia acababa de decir!

—Nada diré hasta mañana, pero ruego á usted, hija mía, que no se fije más que en las buenas cualidades de Pablo y olvide sus ligeros defectos. Estreche usted más aún los lazos que nos unen y seremos doblemente parientas; asegure usted su situación en el mundo, haciendo la felicidad de un hombre que sólo vivirá para usted... Labrar la dicha de los demás es una de las cosas más agradables que hay en la vida.

—Ya lo sé—respondió gravemente la señorita Audrimont.

—¡Y yo, que he atormentado á usted hoy un poco para obtener ese consentimiento, doy á usted las gracias por haberme atendido... con toda mi alma!

Un arranque de tierno arrepentimiento impulsó á la señora de Fontenay hacia Lydia; la estrechó en sus brazos, posó sus ardientes labios sobre la frente de la joven, probándola en un beso todo su reconocimiento, y sin añadir una palabra la dejó:

Una vez sola, Lydia comenzó á reflexionar. Todo había terminado, y era imposible continuar viviendo en la intimidad de la señora de Fontenay. Quería, ante todo, ser dueña absoluta de sus acciones, y al ceder á las instancias de la condesa, había sido abrigando el firme propósito de sustraerse á aquella dominación, que pretendía imponerle á un indiferente por marido. Pero para recobrar su independencia precisaba alejarse, y alejarse en aquellas circunstancias era confesar que las sospechas que recaían sobre ella tenían fundamento. ¿Iba á desmentirse á sí misma? ¿Podía dar pábulo á juicios severísimos, exponerse á graves calumnias, perder, en una palabra, su reputación?

Buscó otro medio de salir de aquel apuro, pero no encontró más que soluciones humillantes y difíciles. Explicar la situación á Armando era exponerse á una explosión que podía perderlo todo; hablar al señor de Cravant, confiándose á su lealtad, era comprometer al conde y comprometerse á sí misma. Fuera su resolución la que fuera, siempre resultaban para ella dificultades y peligros. Ni por un instante se la ocurrió confiar su secreto á miss Griffith, pues su orgullo no se avenía á hacerla confidenta de sus pesares. A fuerza de pensar, eligió el pretexto de una ausencia momentánea, fundada en que su dama de compañía tenía que trasladarse á Inglaterra á fin de arreglar asuntos de familia. ¡Ocho

días de ausencia, que se prolongarían, terminando en una situación definitiva! ¿Que la importaba lo que pudiera suceder, una vez lejos?

Mientras la señorita Audrimont daba vueltas en su mente al problema de su libertad sin ballarle una solución muy clara y satisfactoria, la señora de Fontenay tuvo, al entrar en su casa, una agradable sorpresa. El marqués de Villenoisy acababa de llegar, y después de apearse en el hotel de las Rocas Negras había corrido á presentarse en la quinta. La condesa lanzó una exclamación de placer al encontrar á su viejo amigo en el salón. La llegada del marqués, llamado en horas de angustia, en el momento del triunfo, le pareció encantadora. Con un movimiento de expansión tendió hacia él sus manos, con la sonrisa en los labios y la alegría en la mirada.

—¡Que alegría me produce el ver á usted aquí!—exclamó.

El recién llegado la miró con sorpresa, y contento y reteniendo entre las suyas la bella mano de Mina, dijo:

—Todo va bien. Temí no escuchar más que suspiros, y me agrada ser acogido con sonrisas.

—¡Ah, cuando escribí á usted padecía horriblemente, pero ahora todo está en calma, se ha despejado el horizonte! Estoy loca desde hace algún tiempo, y tomo mis temores por realidades. Felizmente hallé una persona más razonable que yo...

—¿La señorita Audrimont?...

—La misma.

—¿Las inquietudes de usted se han renovado?

—¡Oh, pero no por ella, pobre muchacha... es un noble corazón!

—Entonces, Armando...

—Sí, Armando está más preocupado, más sombrío que nunca.

—¿Sigue pensando en ella?

—¿Sé yo nunca á qué atenerme con él? Pero se nos presenta la solución que usted mismo me indicó: Pablo de Cravant está enamorado de Lydia, quiere hacerla su esposa, y ella, después de muchas vacilaciones, no rechaza su petición.

—¿Lo ha dicho así?

—Hace un instante; pero sólo me ha pedido que no hable de esto hasta mañana.

—¿Por qué?

—Para acostumbrarse á la idea de un cambio tan radical en su vida.

—Pues qué ¿no se decide á él con gusto?

—¡Qué sabe ella lo que la gusta! La idea del matrimonio la aterra, pero su marido la tranquilizará.

El marqués se había quedado pensativo; su fisonomía adquirió repentinamente una expresión de gravedad. En aquella demora exigida por Lydia preveía algo más que un capricho, pues no juzgándola frívola, tampoco la creía capaz de resignarse, como una colegiala recién salida

del convento, á una unión de conveniencia, arreglada por la familia. Comprendió á primera vista que aquella naturaleza altiva era capaz de todas las violencias y de todas las generosidades, pero hostil á toda solución ligera y vulgar. Si Pablo de Cravant no había sabido inspirarle amor, si no se sentía arrastrada por una gran corriente de pasión á ser su mujer, no se resignaría á ello por complacer á Mina ni por ocupar un importante puesto en el mundo. Un capricho inexplicable de su corazón por aquel hombre la hubiera hecho suya; pero que se casase aquella mujer sin amor no era admisible.

¿Era aquel proyecto alguna estratagema para escapar á la persecución, bien de la mujer ó bien del marido? Porque colocada Lydia entre la ternura violenta de Armando y los sordos celos de Mina, debía encontrar intolerable su situación. El anciano diplomático se prometió estudiar más á fondo á los actores de aquel drama, adivinar los motivos que les impulsaban á obrar y procurar el desenlace de aquella intriga sin que pudiera resultar algún ser desgraciado ni nadie se sacrificase.

—Pues bien, querida amiga, si hay boda cantaremos el epitalamio—dijo.—Sin embargo, no peque usted de exceso de confianza y esperemos al fin. Conozco demasiado á Armando para no estar seguro de que, aunque Lydia sea mujer de Pablo, no dejará por eso de levantar hacia ella sus ojos.

Las últimas horas del día transcurrieron alegremente. El conde llegó á la hora de la comida, y los Tresorier, Firmont, la señora de Jessac y Pablo, que habían paseado por la tarde en la playa de Trouville, regresaron contentos de su excursión y con muchas historias que contar.

La señorita Audrimont se presentó á las siete de la tarde, escoltada por la gigantesca y tímida Griffith, para quien era un suplicio comer en casa de los Fontenay. La joven huérfana lucía un sencillo vestido blanco, que hacía resaltar su hermosura, un tanto pálida aquella noche. Afectaba una gran libertad de espíritu y una vivacidad tan nerviosa en su conversación, que hacía resaltar la turbación interior que sufría, al tener que anunciar su marcha para Inglaterra, al fin de la velada. La perspectiva de la explosión de sentimientos diversos que iba á provocar le producía una viva ansiedad; su decisión, sin embargo, era irrevocable.

El marqués de Villenoisy logró entablar una conversación con ella, quien le respondía con la ironía fantástica que su ligero acento exótico hacía especialmente incisiva. El anciano se hallaba en uno de los puntos más escabrosos, pero, á la par, más fértiles de su conversación, escogido, sin duda, *ad hoc*, acerca de la elección de esposo y de sus consecuencias. Lydia le dejó desarrollar su tema, cuyo objeto era probar que no había en la vida condiciones enojosas de las

cuales no fuera posible sacar un buen partido, con valor é inteligencia.

—Tiene usted mil razones—dijo la joven—y en apoyo de esa tesis recuerdo que mi pobre padre me contaba hace tiempo cómo se llevan á cabo las bodas entre penados en las colonias penitenciarias. Llega una conducción de condenados de ambos sexos, se les presenta mutuamente y cásanse entre sí ladronas y asesinos. No por esto parece que hay mayor cantidad de matrimonios malos allí que en Europa, entre las gentes honradas que se casan. Allá, al menos, saben á qué atenerse, y no experimentan la dolorosa sorpresa de saber, más tarde ó más temprano, que se han unido á un bribón ó á una mujer liviana. Y, por último, si el marido ó la esposa llega á tener la satisfacción de probar á su consorte que tiene alguna virtud, eso va ganando.

—Ha llevado usted mi razonamiento hasta la paradoja—replicó el marqués;—pero ¿no cree usted que un hombre dotado de mucho juicio y firme voluntad pueda casarse, sin temor, con una mujer frívola y vana, si le consta que esa mujer le quiere?

—Sí, creo que ese hombre podrá llegar al fin de su existencia, después de haberla malgastado en una lucha incesante, contra todas las dificultades y disgustos que puede causarle la frivolidad de su mujer. Pero ¿á qué aceptar semejante unión si nadie le obligaba á ello?

—Puede verse arrastrado por el amor que aquella mujer le profese.

—Ser amado—dijo la señorita Audrimont con desdén—¡qué vale eso!

El marqués la miró fijamente, y después replicó con viveza:

—Hace usted caso omiso del amor. ¿No ha sido usted amada?

Una fría sonrisa se dibujó en los labios de Lydia.

—¿Amada?—respondió—todas las mujeres lo son; pero pocas lo son como quisieran serlo.

—¿Seré indiscreto si ruego á usted que me diga cuáles son sus opiniones acerca de este punto?

—¿Es todo mi programa lo que usted quiere que formule?—dijo la señorita Audrimont con aire burlón.

—No tema usted que abuse á mi edad.

Lydia replicó con viveza:

—¡Oh! Si no por usted mismo, puede usted abusar por los demás. Puede usted aconsejarles.

El marqués se dijo: «Estoy perdido, ha adivinado mi táctica y no lograré oír una palabra sincera, aun admitiendo que no se haya burlado de mí desde el principio de la conversación. Ante todo, defendamos á la condesa de cualquier sospecha indiscreta.»

—Parecerán á usted singulares mis teorías sobre el estado conyugal, cuando permanezco soltero.

—Tanto mejor para sostenerlas, no estando cegado por las ventajas ni irritado por los inconvenientes del matrimonio.

—En realidad, no creo que haya estado más ventajoso para las mujeres que el del matrimonio, ni más desfavorable para los hombres. Es un sacrificio para ellos y un beneficio para ellas.

Como el marqués elevase un poco la voz, el barón de Cravant, que no cesaba de devorar á Lydia con los ojos desde el principio de la comida, dijo:

—Cuando se ama verdaderamente, el matrimonio es un goce. Subordinar nuestra propia dicha á la de una mujer adorada ¿no es la cosa más natural del mundo?

—Barón, con qué lindo tono se expresa usted—dijo la señorita Audrimont alegremente;— el heroísmo le sienta á las mil maravillas.

—¡Oh! Si usted se burla de mí perderé todos los medios de discusión.

—Vamos, vamos que no es usted tan tímido. No procure usted entermecerse.

—Procuro eso por ser mi más ardiente deseo.

La conversación comenzada entre Lydia y el marqués, al hacerse general, iba de un asunto á otro con gran variedad, pero ningún concepto aclaró la oscuridad, á través de la cual tuvo que marchar el diplomático al acaso. Creyó entonces menos que nunca en una unión probable entre el elegante barón y la altiva huérfana. Al con-

templar el correcto rostro del joven, su frente tersa, sobre la que caían rizos castaños, sus ojos azules, su finísimo bigote retorcido, pensaba: «No serás, amigo mío, quien conduzca á su casa á tan fantástica mujer. Nunca tomará en serio tu amor. ¿Cómo es posible que así ocurra, si no pareces un hombre, si te asemejas á una mujer por tu dulzura, tu elegancia y tu frivolidad? Tienes en las manos más sortijas que ella y... ya se ve dónde está el verdadero hombre...» Sus ojos se dirigieron hacia el sombrío rostro de Armando.

Desde el comienzo de la comida había entablado éste una conversación muy animada con la señora Tresorier, y aun cuando notó las tentativas de interrogatorio del marqués, aun cuando había estado sobre ascuas, continuó charlando con una asombrosa presencia de ánimo. Su fisonomía no expresaba ninguna contrariedad, y sus labios sonreían con suma frecuencia; pero se observaba una palidez extraordinaria en su frente, bañada por un ligero sudor. Oyó perfectamente todas las frases cambiadas entre Lydia y Cravant, sin parecer escucharlas y sin dejar su impasibilidad ni mostrar la más ligera impaciencia, al hacer los honores de la mesa. Al levantarse de ésta ofreció su brazo á la señora de Jessac y pasó con ella al salón. La noche era encantadora y todos salieron á respirar el aire libre á la terraza del piso bajo, donde Armando se encontró entre su mujer y el marqués, de cuyo grupo for-

maban parte Pablo y Lydia, que cuchicheaban. Mostróseles el marqués con un gesto y dijo:

—¿Hay nada más delicioso que la juventud? Si algo pudiera consolarnos de haberla perdido sería el placer de verla florecer en los demás á nuestro alrededor.

Armando, inmóvil y mudo, contemplaba á su ídolo, que sonreía á Cravant. Mina, con el instinto de los celos, siguió la mirada de su marido y la vió detenerse en la alegre pareja. Conocía perfectamente aquella mirada, que era igual á la que ella dirigía á Armando cuando le veía junto á Lydia. Tembló de cólera, é incapaz de soportar por más tiempo su sufrimiento sin devolvérsele al que le causaba, dijo:

—Pueden charlar y reir, están en su derecho. Las pretensiones del barón han sido aceptadas por Lydia.

Pronunció aquellas imprudentes palabras con el intento de desafiar á su marido, de verle perder su continencia, palidecer, crisar los puños, manifestar una angustia semejante á la que sentía. Pero ni un músculo del rostro del conde se contrajo; parpadeó más apresuradamente que de ordinario, levantóse agitadamente la blanquísimas pechera de su camisa á impulsos de su excitado corazón; pero, de pie, siempre sonriente, no dejó traslucir la impresión del golpe que le había herido. Al cabo de algunos segundos dijo con voz tranquila:

—Ya refiré á Pablo y á Lydia por no haberme dicho.

La condesa y el marqués se miraron con terror ante aquella fuerza de voluntad, y al observar que permanecían silenciosos, Armando se separó de ellos para acercarse á los dos jóvenes. Cravant, llamado por la señora de Jessac, fué al encuentro de éstos y de Firmont, mientras el conde, aprovechando aquella ausencia, encaróse con Lydia, sin que su rostro expresara uno solo de los trastornos violentos de su alma, é inclinado hacia ella, con voz tranquila, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo, la dijo:

—Lydia, me ha engañado usted ayer. Está usted de acuerdo con Cravant; acabo de saberlo. No soy de los hombres que amenazan en vano; esté usted prevenida. Si se aproxima á usted, si habla á usted en voz baja, si parece usted favorecerle, aunque sea en la cosa más sencilla, me arrojo sobre él y le abofeteo delante de todo el mundo.

Ella le miró con estupor.

—¡Está usted loco!

—Sí, loco de desesperación y de cólera.

En el mismo momento el barón, separándose de sus amigos, volvía cerca de Lydia que, lanzando á Armando una mirada y viéndole preparado á las más absurdas resoluciones, detuvo á Cravant con un gesto imperioso, diciéndole:

—Barón, tenga usted la bondad de enviarme á miss Griffith, pues la necesito.

El joven se inclinó y partió en busca de la señorita de compañía. Entonces, cogiéndose del brazo de Armando y atrayéndole hacia su lado, casi con violencia, le dijo temblando de indignación:

—Jamás permitiré, lo oye usted bien, sea á quien sea, que me hable como acaba usted de hacerlo. No merezco esas cóleras y espero estar bien pronto al abrigo de esas amenazas.

—¡Lydia!

—Esto es odioso, sí, odioso, y es preciso que tal situación termine. Sepa usted que no temo á usted ni á nadie; pero esas violencias son otros tantos insultos contra los cuales me rebelo.

—Escúcheme usted, déjeme explicarla...

—Aquí, en medio de todo el mundo que nos rodea, que nos espía...

—Pues bien, en su casa de usted, esta noche.

—Sea, por última vez.

Mina, inquieta, se acercó á ellos, mientras Lydia se dirigía á su encuentro con fría gravedad.

—El conde acaba de cumplimentarme por mi pretendido matrimonio con el señor de Cravant, y me extraña, condesa, que no haya usted cumplido su ofrecimiento de no hablar á nadie de ello hasta mañana. Usted misma me devuelve mi palabra; ahora soy libre y haré lo que me plazca.

Miss Griffith se aproximó; la señorita Audrimont tomó su brazo, y pasando por delante de la

señora de Fontenay, descendió al jardín, donde desapareció entre las flores.

IX

La señorita Audrimont, al partir, se había llevado toda la alegría de la reunión, porque en cuanto salió los rostros se entristecieron y la conversación languideció. Armando estaba ardentemente preocupado, y Mina no podía olvidar el sentido extraño de las palabras de Lydia, pues, de cualquier modo que las interpretara, siempre eran amenazadoras. Se arrepintió de haber cedido al afán de revelar á Armando la secreta capitulación de la joven en favor de Cravant; juzgó cuán débil era la garantía en que había fiado su esperanza de tranquilidad, y volvió á verse dominada por la inquietud y la tristeza. Aquellas alternativas de duda y confianza la oprimieron tan dolorosamente el corazón, que se sintió desvanecer. Sentóse en un ángulo de la sala, y tal era su palidez, que el marqués y Armando se aproximaron á su lado solícitos y cuidadosos. La condesa, al verlos, se sonrió dulcemente, se quejó del calor sofocante, que la producía vértigos, y aseguró que estaba bien. Y, verdaderamente, mejor se hallaba, después de haber visto el rostro alarmado de Armando y de haber agradecido